



**HOGARES DON BOSCO**  
**FORMACIÓN CRISTIANA**

**ETAPA III**

**DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN**

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora  
(Agosto 2015)**

*Don Roberto Carelli*

## 5. De generación en generación

Don Roberto Carelli

### ORACIÓN

El matrimonio que nos acoge prepara una oración o leemos el Evangelio del día.

¡Que preciosa es una casa! **Es el lugar del amor y de la vida**, porque el amor tiende a la vida y la vida es el fruto del amor. Es **la morada de la familia** donde florece el “patrimonio” de un “matrimonio”, la obra de un padre y de una madre: en el centro está siempre el lazo de unión entre generaciones. Es el **punto de encuentro del género y de la generación**, donde la intimidad de los esposos se transforma en la fecundidad de los padres, donde los niños nacen y se convierten en hijos, donde se pertenece y se hace uno libre, donde se asemeja y se hace original. La casa es **la encrucijada de las generaciones**: en ella los jóvenes crecen y en ella no se abandona a los ancianos, y la melodía del amor se hace dúo nupcial y polifonía familiar. Tanto es así que cuando esto no se da, la casa se transforma en una prisión, los sentimientos en resentimientos, los lazos en pesadas cadenas, la herencia en bienes de los que hay que apoderarse o peso del que hay que librarse.

La profundidad de los lazos de generación está bien explicada por mons. Camisasca en una reciente intervención sobre la belleza de la familia: “la palabra generar contiene la referencia a un origen, *génos*. La misma palabra nos relaciona con el género masculino y femenino y con la genealogía, es decir, con un hilo que une a generados y generantes. El generar no es solo una acción hacia adelante— pro-crear — sino que nos hace mirar también hacia atrás, al hecho de que los generantes, los padres, son ellos mismos generados, ellos mismos son hijos. **Todo hijo** tiene un nombre propio, pero también un apellido, es decir, **forma parte de una historia familiar, tiene una genealogía**, contiene en sí los genes de muchas generaciones, tanto por parte de la madre como del padre, y con relación directa con los abuelos que, frecuentemente, se cuidan de ellos”.

Recordar todo esto nos es beneficioso: en una sociedad de individuos obsesionados por los derechos, que habla de amor y mortifica los lazos, que hospitaliza el nacer y el morir, que medicaliza la maternidad y descalifica la paternidad, que identifica la educación con la incomodidad, que pretende la eficiencia y pierde la gratuidad, que prepara ambientes neutrales y no personales, que induce a conductas competitivas más que cooperativas, **es hermoso poder encontrarse en casa**, en una morada en la que se es esperado y deseado, rodeado de cosas buenas y personas queridas, fiables y responsables, comprensivas y misericordiosas, unidas en la diversidad y orientadas hacia un destino común que alimenta la confianza y la esperanza. Es importante referirse al misterio de la casa como lugar de generación y de las generaciones porque los tres ejes de la familia (la alianza entre los géneros, el evento de la generación y el diálogo entre generaciones), separados los unos de los otros, se encuentran en estado de sufrimiento: matrimonios cada vez más inestables, invierno demográfico, rotura de la tradición como pérdida de memoria y disminución de esperanza.

Hablar de la casa como encuentro entre las generaciones nos lleva a lo esencial, al hecho de que **somos hijos en todos los sentidos**: procedemos de quien nos precede, amamos porque somos amados, engendramos porque ante todo hemos sido engendrados. Todo, en la vida natural, como en la sobrenatural, es generación, transmisión de vida y amor. En el designio de Dios la primera palabra es precisamente “generación”: en **Dios mismo existe un Hijo**, no la autosuficiencia, sino el cambio de bien y de bienes (Ef 1,3). Detrás de la creación, existe la eterna generación del Hijo, **no hay un Arquitecto, sino un Padre** (Jn 1,1-3). El destino del hombre está en la llamada a **ser hijos en el Hijo** (Ef 1,4-5), a tener los sentimientos del Hijo (Flp 2,5 y Col 3,12) y a alcanzar la plena madurez de Cristo (Ef 4,13). El centro del plan reside en el misterio de la Encarnación, en ese misterioso intercambio en el que el Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre, para que los hijos de los hombres se hiciesen hijos de Dios, donde el **“Unigénito” si hace “Primogénito”** de muchos hermanos (Rom 8,29), de modo que no han sido solo creados sino engendrados, no solo llamados a la existencia sino hechos partícipes de la vida del Hijo (Jn 1,12-13). Y este plan se realiza en una historia que procede de generación en

generación: **también Jesús, que viene de Dios, tiene una genealogía humana** (Mt 1,1-17), desciende del cielo y tiene un descendencia davídica, es Hijo del Padre que está en los cielos y tiene una Madre en la tierra (Mt 1,18.20). Todo esto se concentra en el misterio adorable de Navidad, entre la gruta de Belén y la casa de Nazaret, entre el espacio doméstico de la Sagrada Familia y el espacio litúrgico del Templo de Jerusalén; Dios ha fijado su morada entre nosotros (Jn 1,14).

De modo especial en tiempo de Navidad, **todo habla de generación y de casa**, no de manera intimista, sino como **encrucijada de una historia de salvación** que procede “de generación en generación” (Lc 1,50, expresión que se repite en la Escritura otras 40 veces). El misterio de Dios se actúa en la genealogía de un pueblo para extenderse a todas las gentes: **la lógica de Dios es “genealógica”**. Es ejemplar la palabra profética de Natán a David: “Dispondré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré para que resida en él ... El Señor te va a edificar una casa... suscitaré descendencia tuya después de ti...Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo” (2Sam 7,10-14). Y la liturgia responde: “cantaré eternamente las misericordias del Señor, de generación en generación... un edificio eterno jurando a David mi siervo: te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono para todas las edades” (Sal 88,2-5). Intentemos, pues, profundizar la preciosidad de los lazos entre las generaciones volviendo a recordar el episodio de la Presentación en el Templo, conscientes de que **nuestra identidad es tanto más sólida cuanto más profundas son sus raíces, y que un pueblo que pierde sus propias raíces camina a la esterilidad y a la muerte...**

Como hemos ya observado, la escena nos muestra el entrelazarse de tres generaciones: el Engendrado, los Padres, los Antepasados. Estos –**Simeón y Ana** – **representan la memoria y la profecía**, la riqueza de historia y de misterio sin la cual el evento no es considerado como paso de Dios. Conviene no perder de vista esta circunstancia, porque hoy es precisamente la más olvidada: **nunca se han visto como ahora tantos ancianos, pero la ancianidad nunca ha sido tan despreciada**. En este sentido, choca verdaderamente la fuerza con la que el Papa Francisco, en sus intervenciones sobre la educación, habla de la **importancia de la raíces de un pueblo como energía de futuro**: “primer aspecto de la educación es la memoria de las propias raíces. Un pueblo que no tiene memoria de las propias raíces pierde uno de sus pilares más importantes de su identidad... Si se pierden las raíces, el tronco lentamente se vacía y muere, y las ramas se inclinan a la tierra y caen... Todo progreso desligado de la memoria de los orígenes que nos permiten existir es ficción y suicidio... No puede haber educación en el desarraigo”. Por esto el Papa aprovecha la ocasión para hablar de los abuelos, para recordar el afecto y el respeto que se les debe y para denunciar la plaga de demasiados ancianos descuidados, maltratados o abandonados. **Los abuelos son importantes por ser un eslabón de la vida**, y por lo mismo, “un pueblo que no defiende y respeta a los abuelos, no tiene futuro, porque no tiene memoria... Los abuelos son la sabiduría de la familia, la sabiduría de un pueblo. ¡Y un pueblo que no escucha a los abuelos es un pueblo que se está muriendo!”

Ninguno como María puede ayudarnos a captar estas honduras generativas. Ella es la protagonista de la Navidad. Es la Casa de Dios, el Arca de la Alianza, la Tienda del Encuentro, el Santuario de Dios, la Madre de Dios. Por ella se va para encontrarse con Jesús. Ella es la que ofrece al Hijo junto con el Padre. En Belén Jesús se encuentra entre sus brazos, en Jerusalén le ofrecen sus brazos. **En María el misterio de la Encarnación es intimidad familiar e historia de un pueblo, es generación humana injertada en la generación divina**. “En Ella, en su cuerpo – escribe Ermes Ronchi en el libro *Le case di María* – “la línea de lo invisible y la línea de lo visible en la historia de la salvación se encuentran. Su casa está cargada de cielo... Sin el cuerpo de María, el Evangelio pierde consistencia, se convierte en gnosis o ideología o código moral”.

Profundicemos un poco más.

El texto dice que María encuentra a “Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel” (Lc 2,25). Era una vida que esperaba y ahora llegaba su alegría: el esperado había llegado. Y él lo reconoce, porque es el amor quien agudiza la vista y se necesitaba mucho amor para esperar de esta manera. Nos recuerda a Simón Weil: **“jamar es esperar!”** Y yo, ¿a qué tiendo, a quién espero, qué espero? ¿Con qué fidelidad, con qué esperanza?

- Sigue el relato diciendo que Simeón “tomó al niño en brazos y bendijo a Dios” (Lc 2,28): **la alabanza y la bendición son el primer paso** de la oración dirigida a Dios y es el gesto más importante de los abuelos y de los padres hacia sus hijos! ¡Dios el primado de la alabanza, hacia los seres queridos el primado de la bendición! La alabanza y la bendición tienen la primacía, porque “la fe pone en el centro no lo que yo hago por Dios, sino lo que Dios hace por mí” (E. Ronchi). La bendición es el núcleo del amor, porque el amor, en el fondo está diciendo: “¡es bueno que tú existas”, “eres un regalo

para mí!” ¿Sé yo bendecir a mi esposo, a mi esposa, a mis hijos, a los amigos, a las personas que me hacen el bien? ¿Sé, como Don Bosco, que no basta amar, que es importante que el amor se demuestre?

En su canto de alabanza, Simeón dice: “mis ojos han visto a tu salvación”, salvación que no es solamente para el pueblo hebreo, sino para todas las gentes (Lc 2,30-32). Donde todos ven solo a un niño, a uno de tantos, **Simeón y Ana descubren la salvación de Dios**. ¿Espero yo la salvación? ¿Qué salvación? ¿Y de quién la espero? ¿Tengo un deseo abrasador, acuciante de la novedad de Dios? ¿Me contento, acaso, con demasiado poco? ¿Dejo pasar el tiempo entre pequeños dolores y pequeños placeres, en el fondo, resignado? ¿Qué hábitos, rutinas, prejuicios, valoraciones apresuradas me impiden descubrir la presencia de la novedad de Dios?

Queda por considerar el hecho que Simeón y Ana son dos ancianos, lo subraya el texto, recordando la historia de su fidelidad al templo y a la espera del Mesías (Lc 2,26.36). No hay que dar por descontado que los ancianos, y en general el anciano que hay en nosotros sepa captar la novedad, lo otro, el niño. Con frecuencia hay miedo de que los hijos no puedan no logren, no quieran alimentar y perseguir los grandes ideales que les hemos propuesto. Por eso tanto apego al tiempo pasado y tanta desconfianza hacia los jóvenes y tanto recelo hacia el futuro. Este es el problema: **la ancianidad puede ser un tiempo de gracia, pero puede vivirse solo como una desgracia**. Puede ser un tiempo de gracia, pero no lo es automáticamente, porque por un lado es el tiempo de la debilidad, de la enfermedad, del venir a menos la vida terrena, y por otro es el tiempo de la madurez, de la sabiduría y del testimonio de lo que cuenta para la vida eterna.

Es un tiempo de gracia si se asume la gran tarea propia de los abuelos: “a los abuelos – dice el Papa Francisco – se les confía una gran tarea: **¡trasmitir la experiencia de la vida, la historia de una familia**, de una comunidad, de un pueblo; compartir con sencillez una sabiduría, **y la misma fe: la herencia más preciosa!**” pero la ancianidad, en vez de ser el tiempo de la sabiduría, puede convertirse en el de la necedad. Y se requiere vigilancia. Los abuelos corren frecuente el riesgo de vivir de lamentaciones por el pasado o de resignación por los propios defectos, de ansiedad por la salud o rigidez en las costumbres, de apego a los bienes terrenos y pretensiones para con los hijos; no aparece la perspectiva de la vida eterna, si no es como miedo a la muerte. Por esto la Palabra de Dios invita a los ancianos a un estilo de vida edificante para los hijos y nietos: “los ancianos sean sobrios, respetables, sensatos, sanos en la fe, en el amor y en la paciencia. Las ancianas, igualmente, sean en su comportamiento, como conviene a personas religiosas” (Tit 2,2-3). Ante todo, los ancianos deben comprender que la herencia más grande que transmiten a los hijos es la vida de fe y el testimonio de la verdad. **La memoria de las raíces es tanto más convincente cuanto más profundas son las raíces**, cuanto más se hunden en el misterio de Dios. Citando al gran poeta Clemente Rebora, el cual escribía que “il tronco s'inabissa ov'è più vero”, el Papa Francisco, dirigiéndose a los abuelos, ha hecho este sencillo comentario: **“las raíces se alimentan de la verdad”**.

## PARA EL DIÁLOGO

**Subrayamos lo que más nos llama la atención o las dudas que nos surjan y las ponemos en común en el grupo**

### **De la casa de María hasta nuestros hogares**

Dios Padre, que para tu gloria

y honor de la Virgen María,

inspiraste a tu siervo San Juan Bosco,

edificar un templo en honor de la Madre de Dios,

bajo la advocación de “Auxiliadora de los cristianos”,

escucha nuestra plegaria confiada.

El apóstol de la Auxiliadora estaba convencido

de que la Virgen misma había construido sus casa,

de la que se irradiaría su gloria.

También nosotros proclamamos con gozo

que María es la casa de oro adornada con los dones del Espíritu,

el aula real iluminada por el Sol de justicia,

la ciudad santa alegrada por ríos de gracia,

el arca de la alianza que contiene al autor de la nueva ley,

Jesús, Salvador del mundo.

Te suplicamos que, guardando la gracia de los sacramentos,

nuestras casas sean lugares de comunión, perdón y solidaridad.

Tu misericordia se revele también en nuestra generación

con más fuerza que cualquier forma de división y de violencia,

y la educación a la vida feliz del evangelio

se transmita a las nuevas generaciones. Amén.